

Soledades marxistas. Teoría, literatura e historia en Juan Carlos Rodríguez¹

Marxist Solitudes. Theory, Literature and History
in Juan Carlos Rodríguez

MIGUEL ÁNGEL GARCÍA

Universidad de Granada

España

garciaga@ugr.es

(Recibido: 5-05-2016;
Aceptado: 28-05-2016)

«Nos coge por sorpresa, y nos deja pensativos». Lo dijo un crítico e historiador de la literatura como De Sanctis de un filósofo político como Maquiavelo, cuya soledad teórica destacó Althusser, quien glosa así esas palabras: el pensamiento de Maquiavelo prosigue en nosotros, a pesar de nosotros. Este pensamiento logra proseguir en nosotros porque incomoda lo que pensamos, cogiéndonos por sorpresa (Althusser, 1977: 314). De no muy distinta manera, a quienes estamos más o menos familiarizados con el pensamiento teórico-literario del profesor Juan Carlos Rodríguez, con su pensamiento marxista (Muzzioli, 2002, 2003; García, 2002a, 2002b, 2012; Linares Alés, 2005; Caramaño, 2008; Becerra Mayor, 2013; García Única, 2013; Giordano, 2015; Enríquez del Árbol, 2015; Moreno Pestaña, 2015; Pino Berenguel, 2015; Read, 2015a, 2015b), aún nos coge por sorpresa cada nuevo libro suyo, cada párrafo incluso, cada línea, porque no conozco a nadie que se la juegue tan peligrosamente como él en cuanto escribe y medita. Con la consecuencia fatal, inevitable, de dejarnos luego pensativos, de incomodar lo que pensábamos, y desbaratarlo todo hasta tener que someterlo a una nueva ordenación, a un nuevo mapa conceptual. El mejor homenaje que se ha hecho al maestro, el más certero en este sentido, son estos versos de Ángeles Mora, que extraigo de su poema «Dedicatoria», perteneciente a su último libro, *Ficciones para una autobiografía*: «Escribo este poema en nombre/de los que quisieran escribirte un poema,/de los que se acercan indecisos/con un libro manoseado/a pedirte un autógrafo./En nombre de los que te leen/y al leer te descubren/una verdad que les faltaba/y no saben nunca/cómo pagártela» (Mora, 2015: 69). Me cuento, naturalmente, entre ellos, entre los siempre cogidos por sorpresa, los que luego se quedan pensativos por haber descubierto una verdad que andaban buscando, y no saben cómo pagársela a quien se la ha desnudado.

¹ Para citar este artículo: García, Miguel Ángel (2016). Soledades marxistas. Teoría, literatura e historia en Juan Carlos Rodríguez. *Alabe* 13 [www.revistaalabe.com]
DOI: 10.15645/Alabe.2016.13.12

El precio por arriesgar a cada línea, a cada nuevo libro, a cada golpe de pensamiento distinto, es sin embargo la soledad teórica. Hablo de soledad en el duro campo de la teoría, con independencia de la compañía más o menos numerosa que, con posterioridad, pueda arrastrar un pensamiento distinto como el del maestro. Pero esto ya serían los efectos de ese pensamiento, su continuación o su prolongación en quienes lo leen y no pueden sino quedarse pensativos, no el acto mismo en que el pensamiento es pensado y se arriesga al pensarlo y al escribirlo, y mucho más al publicarlo. Me refiero entonces a ese tipo de soledad advertida por Althusser en el Maquiavelo que teoriza las condiciones políticas de la constitución del Estado nacional, el Maquiavelo que defiende escandalosamente, contra todas las verdades establecidas en su tiempo, que la lucha de clases es de todo punto indispensable para el reforzamiento y engrandecimiento de ese Estado. Naturalmente, Althusser glosa al Maquiavelo que habla de la soledad del Príncipe: hay que estar solo para fundar un Estado. Esta soledad es aislamiento, pero por ella pasa la libertad: hay que estar solo para ser libre a la hora de cumplir con la tarea histórica de la constitución del Estado. Es decir, y como sigue glosando Althusser (1977: 317), que había que encontrarse, por fortuna y virtud, arrancado radicalmente y sin retorno de las formas políticas de la Italia de entonces, porque todas eran viejas, marcadas por el feudalismo y nada se podía esperar de ellas. El Príncipe solo podía ser nuevo si estaba dotado de esta soledad, de esta libertad para fundar el Estado moderno.

Ni el concepto de Estado absolutista/burgués ni la figura del Príncipe, tal y como la teoriza Maquiavelo, me interesan ahora lo más mínimo. Salvo porque Althusser concluye que, así como hay que estar solo para fundar un Estado nuevo, Maquiavelo tuvo que estar necesariamente solo a la hora de escribir *El Príncipe*, tuvo que encontrarse como arrancado de las evidencias que habían reinado hasta entonces, en el mundo anterior, distanciarse de la ideología de ese mundo, para tener la libertad de fundar una teoría política nueva. Pues bien: solo desde este ángulo puede imaginarse la soledad teórica del *maître à penser* Juan Carlos Rodríguez (García, 2015a). También él ha tenido que quedarse solo, separarse radicalmente de las pertinaces teorías literarias establecidas, de las ideologías dominantes en el análisis y el estudio de «lo literario», para fundar su propia teoría de la literatura. No es que el distanciamiento brechtiano con respecto a todas esas ideologías literarias que se presentan como evidencias, que incluso presentan la literatura como un objeto dado evidente, lo haya dejado solo teóricamente hablando, aunque basta comprobar que no existe, en todo el campo teórico-literario, un discurso tan debelador de esas supuestas evidencias como el suyo, por mucho que lo busquemos; es que únicamente a partir de la soledad, y de la libertad que lleva consigo, ha podido desde hace más de cuarenta años emprender un doble proceso de conocimiento: de deslinde frente a lo que esas ideologías teóricas nos han venido diciendo hasta hoy sobre la literatura, por un lado; y por otro, de afirmación de una nueva teoría de la literatura que aún nos coge por sorpresa para dejarnos pensativos, sin duda porque nada a contracorriente y nos distancia del inconsciente literario, a la vez que del inconsciente histórico, crítico y teórico literario, que ha ido sedimentándose en nosotros y nos brota espontáneamente.

El nuevo libro del maestro se llama *Para una teoría de la literatura (40 años de Historia)* y ha nacido, como él mismo nos dice en las páginas liminares, de lo que fue su tesis doctoral, que defendió a comienzos de los años setenta. A la mitad de esa década Althusser leyó también, curiosamente, su tesis; una tesis armada a partir de una reunión de trabajos ya publicados, nada más y nada menos que el librito *Montesquieu, la politique et l'histoire*, los artículos agavillados en *Pour Marx* y los dos capítulos incluidos en el colectivo *Lire Le Capital*, todo ello precedido por un texto redactado para el acto de defensa ante el tribunal (en él estaba un historiador de la talla de Vilar) y que poco después vio la luz con el título de «Soutenance d'Amiens», el nombre de la universidad francesa de provincias donde Althusser, ya un maestro reconocido, acabó doctorándose con la ayuda de unos amigos. Me permito recordar todo esto porque quiero robarle otra imagen, para mí decisiva, al autor de esta «Soutenance». Nos dice en ella que una filosofía no existe sino por la posición que ocupa, y que ocupa esta posición conquistándola en un mundo ya ocupado. No existe, pues, sino por su diferencia conflictual, que solo puede conquistar e imponer mediante un trabajo incesante frente a las otras posiciones en liza. La imagen a la que me refiero es esta: si la filosofía es una lucha perpetua, la *Kampfplatz* de la que habló Kant, ninguna filosofía existe en este campo de fuerzas teóricas sin desmarcarse de sus adversarias (Althusser, 1975: 201). De aquí parte Althusser para su célebre definición de la filosofía como, en última instancia, lucha de clases en la teoría. Lucha que toma la forma de la demarcación y del trabajo teórico infatigable para afirmar la diferencia del lugar que se ocupa frente a las demás posiciones en el campo filosófico. Como es natural, esta concepción de las cosas suponía un vuelco en la relación tradicional de la filosofía con la política. Si la filosofía era en última instancia lucha de clases en la teoría, la política estaba presente en la filosofía, aunque esto no equivalía a reducirla a una toma de posición de los filósofos en las luchas políticas o de partido. La política que informaba la filosofía radicaba más bien en otro lugar, en sus relaciones con la hegemonía ideológica de la clase dominante, ya se tratase de constituirla, reforzarla, defenderla o combatirla.

He planteado en otro momento hasta qué punto la nueva práctica de la filosofía a la que Althusser dice llegar por este camino resulta equiparable a la nueva práctica de la teoría literaria que Juan Carlos Rodríguez sentó, también a mediados de los setenta, a partir de dos postulados básicos: la literatura como discurso ideológico y como producción radicalmente histórica (García, 2015b: 231). Dos postulados que le obligaron desde el comienzo, para afirmar su propia posición, para ocupar y conquistar su lugar en el campo teórico, a marcar una diferencia conflictual con las demás teorías de la literatura. La lucha de clases a nivel ideológico tampoco está ausente en la teoría literaria. La teoría, incluida la teoría de la literatura, no es un terreno puro que escape a la lucha ideológica. Todo esto a pesar de que los teóricos, los historiadores y los críticos literarios parezcan no estar hablando de otra cosa que de literatura, como los filósofos de filosofía. Según leemos en el prólogo de este nuevo libro, Juan Carlos Rodríguez estuvo trabajando en él mientras lo hacía en otro paralelo, del que arrancó todo: *Teoría e historia de la producción ideológica* (1974). Lo que en este era afirmación y despliegue de su teoría de la

literatura era en el que comentamos deslinde y lectura al sesgo, desde unos fundamentos ya inconfundiblemente propios, del resto de teorías que habían venido sentando plaza en el campo de los estudios literarios. Pero, ¿por dónde empieza la diferencia conflictual en este nuevo y a la vez viejo libro?

Podría decirse que por su raíz misma. Dándonos cuenta de la historia de este libro, su autor nos explica que trabajó en él hasta finales de los setenta y que estuvo a punto de publicarlo, aunque finalmente prefirió no hacerlo «porque la inflación semiótica y retórica que nos había ido invadiendo desde 1975 era tan asfixiante que me tenía hastiado» (Rodríguez, 2015: 27). Malos tiempos, sin duda, para abrirse un hueco desde el marxismo en un campo teórico ocupado en su práctica totalidad por la inflación de los signos, que duró varias décadas hasta que en el umbral del siglo XXI comenzó a venirse abajo y dejó paso a una deflación de la teoría. No es sino esta deflación, y lo que se ha llamado malamente el retorno de la política (porque la política, o mejor, el funcionamiento de la ideología tal y como lo describe Althusser, nunca se fue a ninguna parte, a pesar del eslogan posmoderno del fin de la historia y la muerte de las ideologías), lo que, según propia confesión, ha animado al profesor Rodríguez a recuperar este libro. Naturalmente, que lo dejase dormir no supuso en ningún caso para su autor abstenerse de la lucha ideológica en el campo de los estudios literarios, combinando siempre historia y teoría en cada uno de sus libros, desde *La norma literaria* (1984) a *La literatura del pobre* (1994) desde *De qué hablamos cuando hablamos de literatura* (2002) a *El escritor que compró su propio libro* (2003), desde *Tras la muerte del aura* (2011), en fin, a *De qué hablamos cuando hablamos de marxismo* (2013), por solo citar unos cuantos títulos fundamentales de una bibliografía apabullante (Hernández García y Ríos Iglesias, 2003; Hernández García, 2013). Al campo estricto de la teoría, con todo, también volvió su atención durante esos años, y en más de una ocasión: él mismo nos recuerda ahora, para citarla en su totalidad, la nota final que puso, en la segunda edición de *La norma literaria* (1994), al capítulo titulado «Formalismo e historicismo: una falacia arqueológica». En ella trataba de reconstruir la genealogía de lo que había venido sucediendo en el ámbito de la teoría literaria desde los años cincuenta, y de describir su situación en ese momento, casi mediados los noventa. No olvidemos los capítulos más teóricos que componen la introducción y la primera parte de *La norma literaria*, ya desde su primera edición, donde se analizan el nacimiento moderno de la crítica, la falaz contraposición de crítica e historia literarias, o bien la ideología lingüicista de la literatura (Rodríguez, 2001: 11-127), cosas todas que vuelven a aparecer, con indispensables nuevas modulaciones, en *Para una teoría de la literatura*. Ni olvidemos las páginas que en *La literatura del pobre* se dedican al sociologismo literario (Rodríguez, 1994: 50-63), y a la historia literaria o las teorías literarias contemporáneas en *De qué hablamos cuando hablamos de literatura* (Rodríguez, 2002: 61-114), por solo acudir a una serie de ejemplos significativos. Pero fue el estallido de la burbuja apacible en que nos había instalado la Posmodernidad con su ideología del fin de los grandes relatos, por una parte, y la lectura del Eagleton que últimamente ha narrado el ascenso y la caída de la teoría y ha tratado de salvar al menos la literatura, por otro lado,

lo que, a decir del profesor Rodríguez, quien no por eso deja de mostrar su distancia con cierto marxismo anglosajón, le hizo recordar que tenía guardado en un cajón un libro sobre la teoría y la crítica literarias (Rodríguez, 2015: 29).

El apéndice final de este libro nos sigue aclarando algo de su historia. El campo de la teoría, nos dice aquí el autor, se fue progresivamente corroyendo, minando. Se había desbordado el vuelo de los signos sin sentido, el zumbido inútil de la discursividad posmoderna alérgica al significado y colgada de las nubes. Los signos habían ido encadenándose a los signos, como si la realidad social e histórica no existiera. Todo era lenguaje y nada más que lenguaje. La literatura, mientras tanto, había ido perdiendo su aura con la reestructuración del actual capitalismo financiero, que a su vez trajo la llamada crisis de las Humanidades y, con ella, el derrumbe del estudio de la literatura y de la teoría literaria. Pero aquí asoma otra vez la lucha ideológica: Juan Carlos Rodríguez aclara cómo se negó a aceptar que la teoría y mucho menos la literatura fueran una cuestión desechable, y que por esta razón dedicó ese capítulo a las teorías literarias contemporáneas en su libro *De qué hablamos cuando hablamos de literatura*, inscribiéndolo en «un horizonte de lucha, de vida continua» (Rodríguez, 2015: 426). Las teorías literarias contemporáneas eran recorridas en ese capítulo de la mano de un libro de Muzzioli, profesor de La Sapienza e introductor de los planteamientos de Juan Carlos Rodríguez en Italia, pero siempre mostrando con él puntos de convergencia y divergencia a la hora de señalar dónde podría hallarse una auténtica alternativa teórica y literaria, una poética política para nuestro presente, en el que, con la vuelta de la historia, se imponía la estrategia del despertar, el contraataque después de la resistencia. De modo que este trabajo ya recogido en *De qué hablamos cuando hablamos de literatura* (un título inspirado en Carver, pero que ya implica la diferencia conflictual, como ocurre con *De qué hablamos cuando hablamos de marxismo*) ahora es utilizado en parte, en el apéndice de *Para una teoría de la literatura*, para realizar el «estado de la cuestión» de las teorías literarias actuales, es decir, para completar el análisis tremendamente exhaustivo, la labor de deslinde que se realiza en este libro y que se detiene sintomáticamente en Barthes y la semiología, en la semiótica de Eco y la cultura de masas. Digo «sintomáticamente» porque ya sabemos del hastío que experimentó el autor de este libro con la inflación semiótica y post-estructuralista, con el vuelo inútil de los significantes por encima de la realidad socio-histórica.

Volvamos al principio, después de estas consideraciones sumarias. Porque el primer ejercicio de distanciamiento brechtiano, la primera lectura al sesgo, se produce cuando aún en el prólogo leemos que la famosa «función poética» de la que habla Jakobson, según la cual lo que se expresa en la poesía no es sino la intimidad del lenguaje, no supone otra cosa que dejar de lado la historia. Al Jakobson que ponía como ejemplo el eslogan electoral «I like Ike» para demostrar que la función poética no solo existe en el poema, sino a la vez en cualquier otro tipo de discurso, sencillamente se le escapaba la clave última del éxito de esa frase, así como la clave última de la literatura tal y como la entendemos hoy: el inconsciente ideológico del sujeto supuestamente libre y autónomo que el capitalismo necesita para funcionar, esto es, para explotar también libremente

te (Rodríguez, 2015: 18). Es solo un primer ejemplo de cómo el campo a primera vista neutro, objetivo y puro de la teoría literaria es entendido desde el comienzo de este libro como lo que en verdad es: un campo de lucha ideológica en el que siempre se ocupa un lugar conquistándolo y reforzándolo frente a las posiciones del adversario; y el adversario son en este caso las ideologías dominantes de lo literario, que comienzan por decirnos algo que no parece admitir vuelta de hoja: que la literatura es sencillamente un discurso lingüístico, un uso puro y en sí del lenguaje. Pero, insisto, es solo una del sinnúmero de cosas que nos cogen por sorpresa al adentrarnos en estas páginas, y que parecen escritas, como todas las del maestro, para dejarnos pensativos.

Inútil sería intentar resumir en este momento la densidad teórica desplegada a lo largo y ancho de este grueso volumen, que se estructura en una introducción y en cuatro grandes partes, todas a su vez perfectamente estructuradas y divididas en varias secciones y subsecciones. Aun a riesgo de caer en el más burdo descriptivismo, pero con la intención de que el lector se haga una idea general, diré que la introducción se ocupa de la formación histórica del objeto literatura, y que es en ella donde se encuentra más explícitamente expuesta la teoría literaria del profesor Rodríguez, mientras que de aquí en adelante se produce un careo más implícito entre esa teoría y las que han poblado el campo teórico desde el mismo nacimiento de la crítica, en el siglo XVIII, hasta el final de los años sesenta. Así, la primera parte se dedica a las tres líneas fundamentales de la crítica contemporánea: la concepción kantiana de la literatura, la concepción hegeliana de la literatura y la concepción empirista de la literatura. La segunda parte se centra en el horizonte positivista. La tercera, en la inversión idealista de tal horizonte, esto es, la fenomenología. La cuarta, la que cuenta con más secciones, y por lo tanto la más amplia de todas, aborda en fin las corrientes críticas a partir del idealismo: la teoría y la práctica literarias en la fenomenología, la hermenéutica, el formalismo ruso y la poética de Jakobson, el estructuralismo de Lévi-Strauss y el marxismo de Della Volpe, y para finalizar, como queda dicho, la semiología de Barthes y la semiótica de Eco, separadas por una sección en que se pone de relieve cómo el estructuralismo convierte el lenguaje en sujeto. Podrá comprobarse que no estamos exactamente ante un manual de teoría de la literatura, y ni falta que hace. Hay muchos y muy buenos en el mercado de la lectura universitaria. El profesor Rodríguez lo sabe y ha querido hacer sin duda otra cosa: algo así como su lectura crítica de las teorías literarias, dibujando unas veces al derecho y otras al revés –y esto último para marcar la diferencia conflictual de su posición en el campo teórico– su propia teoría de la literatura, que cuenta, en efecto, con más de cuarenta años de historia, de atención a la Historia con mayúscula, como él ha querido escribirla en el subtítulo de este libro, dejando ver con ello que se trata de la Historia como objeto teórico construido por el marxismo, al margen de las usuales concepciones cronológicas o empíricas de la historia como mero transcurrir temporal. Solo a través de la Historia conseguimos un conocimiento real de la literatura como lo que es, una actividad ideológica, solo el conocimiento histórico consigue desfechitizar el texto (Rodríguez, 2015: 32). A la vez, la crítica y la teoría son también susceptibles de un conocimiento histórico por cuanto cada lectura teórica y crítica responde a una serie de presupuestos ideológicos.

Junto al dismantelamiento del fetichismo del texto, lo primero que se impone al autor de este libro es desterrar la idea de una metodología neutra. Por eso comienza por advertirnos que las corrientes críticas que a continuación va a explorar lo dicen todo menos sus propias señas de identidad, esto es, la ideología a la que obedecen o que reproducen. No son, por tanto, meras vías de entrada al texto, entendido, tal y como ocurre en el horizonte positivista (que va más allá del positivismo decimonónico estricto), como un objeto ya dado sobre el que luego recaerían esas metodologías neutras. Más bien, construyen el objeto literatura de acuerdo con los presupuestos ideológicos de los que parten, cada una a su modo. No se puede entender el sentido último de este libro sin tener en cuenta esta observación fundamental que nos hace su autor: «Muy al contrario, trataremos de presentar cada método de acuerdo con sus propias señas de identidad. Obligaremos a cada una de las tendencias críticas a que nos diga de dónde viene. Preguntaremos a cada escuela su filiación y sus presupuestos (los reales, no los aparentes)» (Rodríguez, 2015: 33-34). La diferencia conflictual que atraviesa desde el principio al final este libro, fundamentado en la sospecha y el distanciamiento, se hace expresa cuando su autor nos habla de la necesidad de destruir, como segundo paso de su tarea, el fetichismo del método, por cuanto cada una de las tendencias críticas que aquí se analizan solo constituye un método desde el momento en que depende de una problemática ideológica previa: «No hay métodos autónomos, ni mucho menos, por tanto, neutros. No hay métodos nada más que a partir de una problemática ideológica precisa. Cada una de esas problemáticas ideológicas, a su vez, posee no solo su propio método, sino incluso su propio objeto, es decir, su propio concepto de qué es literatura» (p. 34). La asunción de la lucha ideológica dentro del campo teórico-literario resulta evidente. Todo el libro no es, a partir de aquí, sino trabajo teórico –incansable en el caso del profesor Rodríguez– para afirmar la diferencia de la propia posición, del concepto propio de literatura, y de los conceptos propios de teoría, crítica e historia, frente a los puestos en juego por los demás métodos, por las demás problemáticas ideológicas; y así leemos, casi de inmediato: «Ahora bien, cuando nosotros afirmamos, de manera fundamentalmente distinta, la radical historicidad de la literatura (o sea, que ni la literatura ni la crítica –ni los otros diversos discursos teóricos– han existido siempre) cambiamos, también radicalmente, de terreno» (p. 35).

La primera colisión, al hacerse efectivo este inevitable cambio de terreno, se produce, claro está, con la concepción kantiana de la literatura, que la entiende como forma pura, lo mismo que entiende la historia literaria como evolución de tales formas puras o lingüístico/sensibles, como evolución de lo mismo a lo mismo dentro del esquema tradición-innovación (Rodríguez, 2015: 76). La teoría de la radical historicidad de la literatura no puede sino toparse con este historicismo kantiano que incide en la imagen del desvelamiento del «espíritu en estratos», y por lo mismo con el historicismo hegeliano, que ya encarna ese espíritu y se pregunta por su desenvolvimiento progresivo. El historicismo kantiano sería cuestión de formas y el hegeliano cuestión de contenidos, lo interior de la obra en un caso y lo exterior en otro, el texto y el contexto, el «en sí» y el «fuera de sí» de la literatura. De lo último (los contenidos, el contexto, el fuera de sí de la literatura) se

ocuparía el hegelianismo invertido (la Materia, no el Espíritu) de los sociologismos literarios, marxistas o no. De lo primero (las formas puras, el en sí o el interior del lenguaje), el formalismo ruso y la poética de Jakobson, el estructuralismo o la crítica del texto. Pero el autor de este libro nunca anda por las nubes kantiano/formalistas (aunque tampoco por las hegeliano/contenidistas), y por eso nos alerta de que «en este espinoso y difícilísimo terreno de la lucha ideológica es donde debemos ubicar el porqué de que los críticos literarios se hayan aferrado una y otra vez al interior de la obra y hayan bloqueado de este modo cualquier posibilidad de una auténtica *teoría de la obra literaria* en tanto que *realidad* en sí misma» (p. 96). Algo que, por supuesto, tampoco podía venir de la concepción empirista de la literatura, ya que a fin de cuentas el formalismo kantiano se da la mano con el de un Hume para establecer el horizonte definitivo de la ideología clásica, que a partir del positivismo teorizará la literatura como literatura pura y la crítica como crítica pura (p. 146), atenta, por lo que se refiere a la ideología empirista, a los medios o técnicas literarias con los que el sujeto formaliza su experiencia. Ni kantianos, ni hegelianos ni empiristas cuestionan jamás la clave epistemológica de esa ideología burguesa clásica, la relación sujeto/objeto (literarios en este caso). Más aún: no hacen otra cosa que reproducirla en sus métodos de análisis literario o en su misma concepción de la literatura, como si la lógica del sujeto libre (Rodríguez, 1990: 5-15), del sujeto que construye un objeto literario a partir de las formas o las técnicas, o expresa en él su espíritu, su verdad interior o la verdad interior del lenguaje, no fuera una lógica radicalmente histórica, que obedece a las necesidades de una lucha ideológica, en este caso la de esa ideología burguesa con el viejo horizonte feudal que había que arrumbar, como hemos dicho que hace Maquiavelo desde la nueva teoría política o, podríamos añadir, Descartes desde la nueva filosofía, Newton desde la nueva física, Copérnico y Galileo desde la nueva astronomía o Petrarca desde la poesía nueva.

Desbaratadas en la primera parte de este libro las tres grandes líneas de la crítica contemporánea, la kantiana, la hegeliana y la empirista, con una minuciosidad de la que no cabe dar cuenta aquí, la segunda gran colisión se produce con el horizonte positivista, bien sea con el positivismo estricto y su historicismo literario (Taine, Brunetière, Lanson), entendido ahora como evolución de las formas orgánicas en estrecha relación con las ciencias de la naturaleza (Rodríguez, 2015: 191), bien sea con la inversión espiritualizadora de este positivismo que supone la fenomenología y su hincapié en la intencionalidad del sujeto a la hora de construir la «cosa» literaria mediante una reducción trascendental o esencialización. Junto a la captura de la esencia de la cosa poética se privilegiará la idea del voluntarismo estilístico, lo que traerá una crisis del historicismo (de Croce a Dámaso Alonso), aunque del campo fenomenológico no solo deriva la Estilística, también una sociología de corte espiritualista como la del primer Lukács (p. 213). De este doble choque con el horizonte positivista, con el «en sí de la cosa» literaria, ya sea en su vertiente cientificista o ya sea en su vertiente esencialista, se ocupan la segunda y la tercera parte del libro.

La última gran colisión tiene lugar, ya en la cuarta parte, con toda una serie de corrientes teóricas y críticas que parten de ese giro introducido por el idealismo fenomenológico en relación con el positivismo cientificista. Es una colisión escalonada, en varios asaltos, pero que no por eso pierde en ningún momento su efecto de lucha frontal, desfetichizadora, de los llamados métodos teóricos y críticos. El primer asalto es con la teoría y la práctica de la fenomenología en tanto que tal, con el sujeto y la historicidad fenomenológicos, de Husserl a Heidegger. En el segundo asalto, el historial del ser heideggeriano se liga a la arqueología de Foucault, una «divertida fábula» que nada tiene que ver con una «historia real» (Rodríguez, 2015: 279). El tercer asalto, y sigo esquematizando al máximo, y por consiguiente eludiendo sustanciosos desarrollos y perdiendo innumerables matices, es con el formalismo ruso y la función poética teorizada por Jakobson. Tengo que confesar que es uno de mis asaltos favoritos. Porque la ideología de la lingüística y de la pureza de la literatura, y no digamos de la poesía, ha llegado a ser tan hegemónica que está como amalgamada a nuestro inconsciente de lectores o estudiosos. ¿Quién discutiría esta proposición con la que Juan Carlos Rodríguez resume impecablemente los postulados teóricos del formalismo? «Frente al uso práctico, empírico, meramente comunicativo, la lengua poética hace visible el espíritu en su trascendentalidad misma, en su pureza misma. La poesía es en sí un arte del lenguaje, un sistema cuya especificidad, su en sí, consiste en funcionar con signos puros y sin referencia al exterior» (p. 286). Y sin embargo, después de incidir en la separación que establece Jakobson entre mensaje poético y mensaje comunicativo, ya que la función poética ahonda la dicotomía de signos y objetos o pone de relieve que el principio organizador de la poesía es la dirección intencional hacia el signo mismo y no hacia el significado, después de recordarnos que, según este teórico ruso, el historiador de la literatura que toma como objeto principal el estudio del significado y no del signo, que estudia la ideología de una obra literaria como una entidad independiente y autónoma, rompe la jerarquía de valores de la estructura estudiada, el autor de este libro deja al descubierto la «toma de posición política» que encierran tales proposiciones jakobsonianas en el contexto teórico de la época, indudablemente contra cualquier tipo de contenidismo hegeliano (p. 290), y por supuesto contra cualquier fleco de marxismo o de pensamiento social, histórico e ideológico de la literatura.

La lectura crítica de Juan Carlos Rodríguez revela la «ideología de la intimidad» que palpita en el formalismo: la intimidad pura del lenguaje correspondiéndose con la intimidad del sujeto, con la noción de vida privada que establecen a nivel jurídico/político las relaciones burguesas, frente al uso público, impuro, exterior del lenguaje, al que habrían tratado de atenerse los llamados poetas comprometidos o quienes hacen «poesía política» (Rodríguez, 2015: 293-294). De aquí la incomodidad, digamos, que Jakobson experimenta ante el realismo artístico, hacia la cuestión del referente exterior al sistema lingüístico, y el ardid para integrarla en la ideología kantiana de la construcción (las formas y no los contenidos) a la que obedecen los planteamientos formalistas: la literatura realista como aquel discurso que pone el acento sobre el eje metonímico del sistema,

frente a su eje metafórico o propiamente poético. Con el resultado curioso de que Jakobson reescribe la historia literaria a partir de la alternancia entre la primacía del proceso metafórico en unos casos (el romanticismo y el simbolismo) y el predominio de la metonimia en otros (la corriente realista, que sitúa en una etapa intermedia entre la decadencia del romanticismo y el auge del simbolismo). Como anota con inteligencia el autor de este libro, Jakobson no define en el fondo los conceptos de metáfora, poesía o romanticismo; los da por supuestos, pidiendo auxilio al inconsciente ideológico establecido, para el que es evidente que la poesía es metáfora, como es poético el romanticismo. Todo decir implica un no decir, como bien sabemos; y concluye Juan Carlos Rodríguez: «El espacio en blanco es el vacío que oculta esa petición de auxilio al inconsciente ideológico» (p. 313).

El cuarto asalto de la colisión multifrontal a la que asistimos en esta última parte del libro tiene lugar con el estructuralismo antropológico de Lévi-Strauss y el marxismo racionalista/aristotélico de Della Volpe, aunque abordados a partir de lo que tienen de polémica con los planteamientos del formalismo. El primero contesta al intento de Propp de formalizar el cuento; el segundo defiende más bien una interpretación semántica, antes que sintáctico/formal, del lenguaje poético. Naturalmente, el autor de este libro no se limita a describir, puesto que siempre afirma su posición, ocupa un lugar diferencial en el campo ocupado –a primera vista en todos sus resquicios– por las teorías literarias; y así leemos, por ejemplo: «Lo que resulta menos comprensible, en última instancia, es el hecho de la fascinación que provoca (sobre todo en Italia y España) la obra de Della Volpe, precisamente al considerársela como *marxista* y como *cientifista* por añadidura. Será porque lo ha dicho él, aunque evidentemente su esfuerzo teórico es tan riguroso como cualquier otro dentro de la problemática del Racionalismo ilustrado» (Rodríguez, 2015: 340). Lo cual muestra hasta qué punto también resulta necesario trazar líneas de demarcación entre la propia teoría marxista de la literatura, o la propia teoría marxista sin más (Rodríguez, 2013), y otros marxismos que a fin de cuentas no son sino eso: racionalismo ilustrado, ideología burguesa injertada en el marxismo. O quizás más bien lo contrario: marxismo injertado en una ideología burguesa de base.

Quinto asalto: Barthes y la fiesta del lenguaje y de los significantes, no de los significados, la fiesta de la escritura. Es decir, el lenguaje como significante del espíritu humano y la semiología como la parte de la Lingüística que se ocuparía de las grandes unidades significantes, de la extensión del sistema lingüístico sobre sistemas que no son propiamente lingüísticos. También en esta ocasión aparece una sombra de ironía leve para marcar el distanciamiento, para poner en evidencia la ideología del adversario teórico, porque seguimos pisando el terreno de la lucha ideológica en la teoría. Por ejemplo, cuando Juan Carlos Rodríguez habla de cómo la fiesta de las estructuras alcanza a la novela, que ya no puede ser realista, que también se hace estructural con el *Nouveau roman*: «La fiesta se celebra, cómo no, en el eterno jardín parnasiano, donde siempre, aunque lo ignoráramos, había un lugar reservado para los celebrantes de las estructuras: “I Trionfi” semiológicos» (Rodríguez, 2015: 376). De aquí al sexto asalto, el lenguaje como sujeto en el estructuralismo, no hay evidentemente más que un paso. Podemos imaginar la opi-

nión que le merece al autor de este libro el Foucault para quien, en el fondo, no existe la realidad, solo el lenguaje, o de nuevo el Barthes para quien el análisis estructural trata de descubrir una «lógica antropológica metahistórica» (p. 387). Pues esta lógica de un espíritu humano o literario transhistórico, siempre el mismo, se encuentra en las antípodas de la radical historicidad de la literatura, la clave de bóveda que estaba comenzando a sostener, a comienzos de los años setenta, la teoría histórica de la literatura con la que Juan Carlos Rodríguez decidió sentar plaza en el campo de los estudios literarios.

El séptimo y último asalto, al menos en lo que se refiere a este libro, porque la lucha ideológica nunca acaba, tiene lugar con los teóricos de la Escuela de Frankfurt, que investigan el nuevo estatus del producto artístico en la sociedad de masas, y más en concreto con el Eco que habla de apocalípticos e integrados, de los defensores elitistas de un arte puro como resistencia al asalto de esas masas y de los que aceptan sin más la cultura masificada, pervertida para los primeros. Juan Carlos Rodríguez nos muestra hasta qué punto la contraposición entre una literatura de élite y una literatura de masas es segregada por la ideología burguesa clásica, que distingue entre lo bello y lo útil, el sujeto esencial y el sujeto empírico, lo puro y lo impuro. De modo que esta cuarta sección, que da paso al apéndice final ya comentado, acaba con la siguiente pregunta: «¿Hasta cuándo seguiremos pensando en la estulticia de “pureza e impureza”? ¿No se trataría quizás de pensar las cosas de otra manera?» (Rodríguez, 2015: 424). Es justo lo que ha estado haciendo, durante más de cuarenta años de historia, y desde su soledad teórica, el autor de este libro: pensar las cosas de otra manera. O por decirlo con un modismo sintáctico que se impuso hace tiempo, y que no gusta a los puristas de la gramática y de la lengua, pero que sirve para situar la cuestión allí donde el maestro siempre ha querido situarla: pensar una literatura otra. Y por descontado, pensar una teoría de la literatura otra, naturalmente histórica.

Obras citadas

- Althusser, L. (1975). Soutenance d'Amiens. En Althusser (1988), 199-236.
- Althusser, L. (1977). *Solitude de Machiavel*. En Althusser (1998), 311-324.
- Althusser, L. (1998). *Solitude de Machiavel*. Édition préparée et présentée par Yves Sintomer. París: PUF.
- Becerra Mayor, D. (2013). Cuatro pasos en la tierra: presentación de Juan Carlos Rodríguez. *Youkali. Revista Crítica de las Artes y el Pensamiento*, 25, 5-8 [<http://youkali.net/index15.htm>].
- Caamaño, J. M. (2008). *The literary theory of Juan Carlos Rodríguez. Contemporary spanish cultural critic*. Lewiston: Edwin Mellen Press.
- Enríquez del Árbol, C. (2015). Folio 669. En García, Olalla Real y Soria Olmedo (eds.) (2015), 161-172.
- Hernández García, J. A. (2013). Han pasado los años (1961-2013). Una bibliografía de Juan Carlos Rodríguez. *Youkali. Revista Crítica de las Artes y el Pensamiento*, 25, 63-85 [<http://youkali.net/index15.htm>].
- Hernández García, J. A.; Ríos Iglesias, J. (2003). Juan Carlos Rodríguez. *Bibliographica (1961-2002)*. Granada: ICILE.
- García, M. Á. (2002a). Marxismo y literatura. Sobre los modos de producción teórica. *Elvira. Revista de Estudios Filológicos*, II, 4, 31-45.
- García, M. Á. (2002b). *De qué hablamos cuando hablamos de literatura*. *Voz y Letra*, XIII, 2, 154-157.
- García, M. Á. (2012). Laura sin aura. La literatura después de la literatura. *Álabe. Revista de la Red de Universidades Lectoras*, 5 [<http://ual.es/alabe>].
- García, M. Á. (2015a). Presentación. En García, Olalla Real y Soria Olmedo (eds.) (2015), XI-XVIII.
- García, M. Á. (2015b). Las cuatro «albertianas» y la desmitificación del compromiso. En García, Olalla Real y Soria Olmedo (eds.) (2015), 227-237.

- García, M. Á.; Olalla Real, Á.; Soria Olmedo, A. (eds.) (2015). *La literatura no ha existido siempre. Para Juan Carlos Rodríguez. Teoría, historia, invención*. Granada: EUG.
- García Única, J. (2013). Una educación literaria. *Youkali. Revista Crítica de las Artes y el Pensamiento*, 25, 9-24 [<http://youkali.net/index15.htm>].
- Giordano, Ch. (2015). Di cosa parliamo quando parliamo di ideología: un'approssimazione al concetto d'inconscio ideologico di Juan Carlos Rodríguez. *Between. Rivista dell'Associazione di Teoria e Storia Comparata della Letteratura*, V, 10 [<http://Betweenjournal.it>].
- Linares Alés, F. (2005). *Teoría e historia de la producción ideológica, treinta años después*. *Revista Jizo de Humanidades*, II, 4-5, 16-22.
- Mora, Á. (2015). *Ficciones para una autobiografía*. Madrid: Bartleby.
- Moreno Pestaña, J. L. (2015). Un filósofo contra el filosofismo. En García, Olalla Real y Soria Olmedo (eds.) (2015), 391-402.
- Muzzioli, F. (2002). Juan Carlos Rodríguez y la poesía del no. *Artifara. Revista de Lenguas y Literaturas Ibéricas y Latinoamericanas*, 1 [<http://www.artifara.com/rivista1/testi/Rodriguez.asp>].
- Muzzioli, F. (2003). Replantearse a Althusser. *Artifara. Revista de Lenguas y Literaturas Ibéricas y Latinoamericanas*, 3 [<http://www.artifara.com/rivista3/testi/Althusser.asp>].
- Pino Berenguel, M. del (2015). Eppur si sfrutta (Juan Carlos Rodríguez y el futuro del marxismo). En García, Olalla Real y Soria Olmedo (eds.) (2015), 455-464.
- Read, M. (2015a). The legacy of Althusser revisited and re-discovered: Juan Carlos Rodríguez. En García, Olalla Real y Soria Olmedo (eds.) (2015), 465-480.
- Read, M. (2015b). What we talk about when we talk about marxism: Juan Carlos Rodríguez, Althusser, and ideological unconscious. *Mediations. Journal of the Marxist Literary Group*, 29, 1, 69-100.
- Rodríguez, J. C. (1990). *Teoría e historia de la producción ideológica. Las primeras literaturas burguesas (Siglo XVI)*. Madrid: Akal, 2ª ed.
- Rodríguez, J. C. (1994). *La literatura del pobre*. Granada: Comares (De guante blanco).

- Rodríguez, J. C. (2001). *La norma literaria*. Madrid: Debate, 3ª ed.
- Rodríguez, J. C. (2002). *De qué hablamos cuando hablamos de literatura. Las formas del discurso*. Granada: Comares (De guante blanco).
- Rodríguez, J. C. (2013). *De qué hablamos cuando hablamos de marxismo (Teoría, literatura y realidad histórica)*. Madrid: Akal.
- Rodríguez, J. C. (2015). *Para una teoría de la literatura (40 años de Historia)*. Madrid: Marcial Pons.